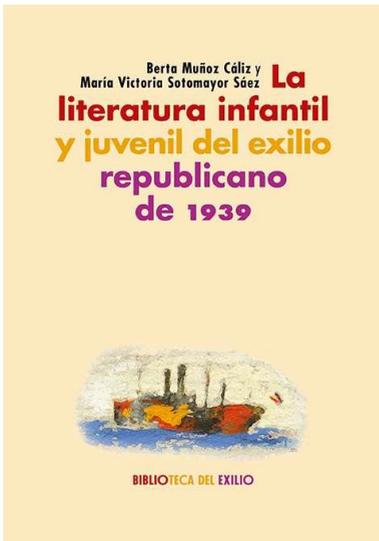


Fermín Ezpeleta Aguilar

Muñoz Cáliz, Berta y Sotomayor Sáez, María Victoria (2021).
La literatura infantil y juvenil del exilio republicano de 1939. Sevilla:
Editorial Renacimiento. 668 páginas.
ISBN: 9788418818691



El libro de Berta Muñoz y María Victoria Sotomayor, recientemente editado, supone una importante aportación sobre un asunto, la literatura del exilio republicano, que ha experimentado gran impulso en los últimos años. La obra forma parte de la serie general titulada “La historia de la literatura y el exilio de 1939”, dirigida por Manuel Aznar Soler y José-Ramón López García, de la que ya han visto la luz siete volúmenes en 2018 y otros dos en 2021. Estos mismos estudiosos son además los autores del clarificador prólogo que antecede al libro que

reseñamos. En él se traza la ruta investigadora sobre una materia de la que ellos mismos han sido protagonistas principales a través de la dinamización de los sucesivos proyectos de investigación del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL). Al amparo de ese proyecto, y partiendo del señuelo inicial que supusieron los seis volúmenes de *El exilio español de 1939* en los comienzos de la etapa democrática bajo la dirección de José Luis Abellán, ha sido mucho el camino recorrido en los últimos cuatro decenios por el nutrido equipo de investigadores de distintas universidades nacionales y extranjeras vinculados a GEXEL.

Frutos de toda esta labor fueron la fijación de un gran corpus en cuatro volúmenes, el *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, coordinado por los mismos Aznar Soler y López García, o los siete volúmenes de la serie *Escena y literatura dramática en el exilio republicano de 1939*, publicados entre 2012 y 2018, coordinados por Aznar Soler. Un trabajo ingente que ha pretendido “abrir la posibilidad de redimensionar la significación y vigencia del legado de la literatura del exilio republicano de 1939 en un marco comparatista europeo y transnacional” (p. XIX).

El libro que reseñamos surge, pues, en un contexto que ha favorecido el rescate de estas literaturas y focaliza el sector de la literatura infantil y juvenil, sobre el que las propias autoras, junto a nombres como Pelegrín, Urdiales, Cerrillo y Miaja, habían hecho indagaciones previas de alguna consistencia. Publicado con pulcritud por la editorial Renacimiento en su colección Biblioteca del Exilio, se presenta ante el lector con 668 páginas, de 17 por 24 centímetros, para apresar todo lo publicado en materia de literatura infantil y juvenil de creación por los escritores españoles exiliados tanto en los países americanos como europeos. El buen hacer de las autoras otorga al libro el carácter de investigación de fondo, más allá del valor de diccionario enciclopédico que también pudiera tener el volumen.

El capítulo inicial de introducción se lee como marco teórico del que van desgranándose, en los capítulos centrales, las valoraciones de autores, obras y todo tipo de actividad de carácter didáctico o pedagógico que rodea al hecho literario infantil sobre el trasfondo social y cultural de los distintos países de acogida. Son cuatro capítulos desarrollados bajo los títulos “El exilio en México”; “El exilio en Argentina”, “El exilio en otros países de América” y “El exilio en Europa”. Todo ello según el doble parámetro geográfico y genérico: los países de recepción en América y Europa y la ordenación según las grandes modalidades expresivas de narrativa, poesía y teatro. En atención a las trayectorias previas de las autoras, el tratamiento del género narrativo corre fundamentalmente a cargo de María Victoria Sotomayor y los otros dos géneros caen bajo la responsabilidad de Berta Muñoz, en el entendimiento de que, para realizar el correcto

acoplamiento exigido por la complejidad y diversidad de la materia escrutada, ha sido necesario hacer alguna labor de ajuste puesto que se trata, en definitiva, de una obra de autoría conjunta. El capítulo de conclusiones sirve para extraer las marcas distintivas de la literatura infantil y juvenil del exilio y para jerarquizar los nombres de autores y sus aportaciones al panorama literario español.

Se echa de ver enseguida el peso abrumador de los exilios mexicano y argentino en lo referente al progreso de la producción literaria que busca al receptor de corta edad. En el caso de México destacan autores que cuando marchan de España ya eran escritores de calidad, alguno de los cuales había abierto brecha en el campo de la vanguardia y experimentación de la literatura infantil y juvenil: Casona, Magda Donato, Salvador Bartolozzi, Antoniorrobles, además de algunos otros que alcanzarán la categoría canónica en el panorama de la gran literatura: Max Aub, Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Luis Cernuda, Ramón J. Sender.

En el caso de Argentina se constata la dificultad de publicación de literatura infantil, aunque sobresalga siempre el nombre de Elena Fortún, que ciertamente publica el grueso de su obra infantil en España; o María Teresa León, Arturo Serrano Plaja y algunos otros. Sin embargo, Argentina es el mejor receptáculo de proyección pedagógica y divulgación cultural, de tal forma que “la figura del niño está muy presente en la producción de los exiliados en Argentina, pero lo está como sujeto educable en todos los campos de la cultura y la vida” (p. 287); y es que “el exilio propició también otras actividades en relación con la infancia como la edición, las traducciones y adaptaciones, la elaboración de libros escolares, misceláneas, antologías y revistas infantiles, la crítica en prensa, el montaje de dramatizaciones escolares, canciones, etc.” (p. 575). De todos estos autores exiliados en Argentina tal vez sea el caso de Rafael Dieste, y del equipo de colaboradores de la Biblioteca Billiken, el que mejor simboliza la labor de extensión pedagógica que lleva el sello inconfundible de la experiencia de innovación educativa de tiempo de la República. Aparte de dirigir ese proyecto, el escritor gallego es responsable de seis ediciones de adaptaciones de cuentos y novelas de autores clásicos.

Otros países como Cuba, de la mano de Herminio Almendros, alientan igualmente la edición de materiales de lectura; o Chile, con un Francisc Trabal convertido en editor de libros de literatura infantil y juvenil de gran calidad. O el caso de Juan Ramón Jiménez, en Puerto Rico, cuya obra literaria (*Platero y yo*, de modo especial), pero también su reflexión pedagógica, tiene una enorme repercusión en Hispanoamérica durante los años del exilio del poeta; por no hablar de algunos poetas del 27 exiliados en Estados Unidos como Pedro Salinas y, sobre todo, Jorge Guillén, que imprimen al motivo literario del niño gran carga emocional, al convertirlo en entera metáfora del paraíso perdido, de igual manera que otros poetas de esa misma generación hacen en México (Luis Cernuda) o en Argentina (Rafael Alberti), sin olvidar a las poetas mujeres como Concha Méndez o Ernestina de Champourcin (en México), capaces de revitalizar el género del villancico.

Los países europeos son asimismo escenarios del exilio literario. Francia, como primer lugar de refugio, donde algunos escritores hacen de la emisión radiofónica instrumento de apelación a la infancia. Y es que los exiliados de los países europeos combinan igualmente la creación literaria con la tarea educativa y divulgativa, como puede verse en la labor realizada en Gran Bretaña por José Estruch, quien dirige grupos de teatros “con niños llegados a este país a consecuencia de la guerra civil española” (p. 541); o por Eduardo M. Torner, que edita teatro breve del Siglo de Oro. En este país, por ejemplo, tiene ocasión Salvador de Madariaga de componer sus poemas infantiles. O, finalmente, el exilio en la Unión Soviética, sobre el que todavía se cierne un velo de misterio, y donde afluyen escritores como César M. Arconada o Josefa López Ganivet para impulsar proyectos de divulgación y de adaptación teatral. En fin, las autoras dedican también algunas páginas a la reflexión sobre el camino de vuelta a casa, casi siempre problemático o insatisfactorio.

El carácter instrumental de un libro de referencia como este se refleja además en el apartado final de índices bibliográficos y de nombres. En primer lugar, el listado de más de 400 títulos de casi un

centenar de autores, que caen dentro del ámbito flexible de literatura infantil y juvenil y, siempre de utilidad para el investigador, el repertorio de estudios sobre la materia con el añadido final del índice onomástico, como último detalle de cortesía al lector. De la lectura de esta obra se obtiene el mapa de la literatura infantil en el exilio y se corrobora cómo el nutriente pedagógico, fraguado previamente en el humus cultural de la España republicana, actúa como levadura en el trabajo artístico y cultural de los escritores, quienes además ahondan en el mito de la infancia de forma natural desde la nostalgia y el desarraigo. No van a faltar en esta amplia y heterogénea producción literaria los temas antibelicistas, el dolor del destierro, las biografías que ejemplifican el pasado colectivo, el deslizamiento hacia el mito y el símbolo, el refugio en el folclore popular o la reutilización de los clásicos.

Se percibe con claridad una vez más cómo la buena literatura universal se solapa con facilidad con la literatura infantil: el caso de los grandes poetas antes nombrados así lo confirma, pero también el ejemplo de dramaturgos como Alejandro Casona o de novelistas como Ramón J. Sender o Max Aub. A partir de este momento, los lectores, académicos y no académicos, pueden leer “esa otra historia de la literatura infantil y juvenil”, al disponer de una obra de referencia que desvela el panorama de una literatura escamoteada a los niños españoles y que, a duras penas, ha ido saliendo a la superficie (el caso del descubrimiento tardío de un título como *Celia en la revolución* de Elena Fortún es ilustrativo), y es que “el olvido de estos autores y el desconocimiento del rico caudal de obras que escribieron durante su exilio en los respectivos países de acogida se ha prolongado hasta nuestros días” (cubierta posterior). Así pues, es muy de agradecer esta monumental aportación de Berta Muñoz y María Victoria Sotomayor que viene a remediar una importante carencia.

Fermín Ezpeleta Aguilar
Universidad de Zaragoza